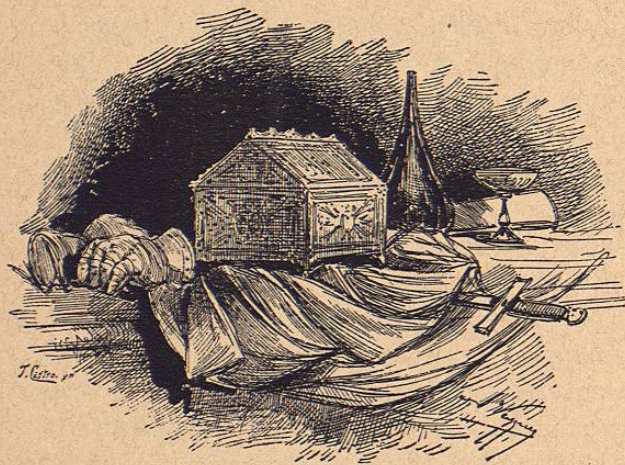


En tiempo del sucesor de Gregorio VII, el Papa Víctor II, los Genoveses, Pisanos y otros habitantes de distintos puntos de Italia se organizaron contra los Sarracenos de África. Recibido el estandarte de manos del Sumo Pontífice y obtenida la remision de sus pecados, partieron hácia el país enemigo, donde sí hemos de dar crédito á algunos historiadores, alcanzaron grandes victorias, destrozando un ejército de cien mil sarracenos, y obligaron al rey de estos á que les pagara tributo.



CAPITULO II.

Idea de las Cruzadas.—Pedro el Ermitaño.—Los primeros Cruzados.—Godofredo de Bullon.—Toma de Edessa.—Sitio de Jerusalem.—Entrada de los Cristianos en la Ciudad Santa.—Situacion de la Palestina despues de la toma de Jerusalem.

EN el anterior capítulo hemos visto como la idea de las cruzadas surgia de cuando en cuando como una aspiracion, un deseo de Europa. Diríase que aquella idea flotaba en la atmósfera, y que á su alrededor se iba formando ambiente propicio en el que un día debía germinar. Los pueblos cristianos sentíanse indignados al oír las narraciones de los peregrinos, los ataques de que eran víctimas. La consideracion de que los Santos Lugares estaban en manos de infieles, despertaba en los pechos amantes de la ley de Jesucristo vivísimos deseos de arrencar tan preciadas joyas de manos de los enemigos del nombre cristiano. En la Edad Media, pelear por Dios era pelear por la más grande, la más noble y la más justa de las causas. Todo esto influía en gran manera en que el plan de una cruzada arraigara poco á poco, pero visiblemente y cada vez con más fuerza entre los Europeos.

Por otra parte, las nacionalidades estaban ya constituidas, en sus lineamientos generales; las luchas eran particulares; la oleada de las invasiones, sino estaba sosegada, se habia detenido, no por falta de vigor sino

ante los obstáculos nacidos de lo que podríamos llamar solidificación de los pueblos. El afán de guerrear no estaba aun dominado, aun había multitudes inquietas como mares que buscan nuevo lecho. Solo faltaba para emprender las cruzadas, animar á esas multitudes con un solo soplo, hacerlas marchar por la vía más adecuada á sus creencias, á sus sentimientos, á sus aspiraciones. La idea había llegado á tal punto de madurez, que la palabra de un hombre, con más fuego y entusiasmo que capacidad, bastó para que millares y millares de hombres como movidos por secreto impulso partieran al grito de guerra á los Infieles!

Llamábase ese hombre Pedro el Ermitaño: era un sacerdote de la diócesis de Amiens, dedicado al retiro, á la austeridad y á la práctica de las virtudes cristianas. Excitado por el celo y la devoción, emprendió el viaje para la Palestina, y como él mismo experimentó vejaciones y atropellos por parte de los infieles, formó el atrevido plan de librar, por medio de una cruzada, la Ciudad Santa y arrojar de ella á los bárbaros, arrancando de su poder el Santo Sepulcro.

En efecto, después de haber visitado y derramado muchas lágrimas sobre la cumbre del Calvario y la tumba del Salvador, comunicó su plan al patriarca griego, llamado Simeon, prelado de celo y piedad extraordinarios. Fundaba su proyecto en el auxilio que podrían ofrecer los cristianos de Oriente, apoyados por el imperio griego de Constantinopla, cuando la cruzada formada en Occidente se dirigiese á la conquista de la Palestina. El patriarca, después de haber oído á Pedro el Ermitaño, hizo sus observaciones y expuso las dificultades que se ofrecían para la realización del plan, diciéndole lo poco seguro que era contar con el imperio griego, por cuanto este solo existía de nombre; que los turcomanos, aprovechándose de la debilidad, de las divisiones y guerras civiles del imperio, se habían apoderado de la mayor parte de las provincias del mar Negro, á las que, como un recuerdo y monumento de sus victorias, habían dado el nombre de Turcomania; que las restantes provincias se hallaban devastadas con las correrías de los mismos bárbaros, con las continuas sediciones y conspiraciones de la capital, y las perfidias de los grandes, ambiciosos del gobierno; que, en fin, creía que no era posible poder contar con otras fuerzas que las que pudiesen reunir los príncipes latinos de Europa. Estas fueron las observaciones que hizo el patriarca, las cuales dejaron suspenso y admirado á Pedro el Ermitaño. Este, no obstante, sin perder el ánimo, ni debilitar su celo, aunque conociendo las grandes dificultades que se oponían á sus ardientes deseos, se persuadió de que podría vencerlas si se presentaba al Sumo Pontífice y le exponía su proyecto. El patriarca no solo aprobó el pensamiento, sino que para contribuir de manera más directa á los planes de Pedro, le entregó una carta de recomendación para el Pontífice.

Pedro el Ermitaño emprendió el viaje para Italia, embarcándose en



Predicacion de Pedro el Ermitaño.

Jope (Jaffa). Llegado á la presencia del romano Pontífice, que era Urbano II, le hizo entrega de la carta del patriarca, y entre lágrimas y suspiros le expuso el lamentable estado en que se hallaban los cristianos de Jerusalem, añadiendo que los sarracenos adoraban á Mahoma en una mezquita levantada sobre las ruinas del famoso templo de Salomon, y, que lo más sensible era que, bajo la dominacion de los turcomanos, la venerable iglesia del Santo Sepulcro se hallaba en viglias de experimentar igual profanacion; que las mujeres y doncellas cristianas con frecuencia eran víctimas de la brutalidad musulmana; que á los jóvenes se les sujetaba á infamias peores que la misma muerte; que la Tierra Santa, regada con la sangre preciosa del Salvador de los hombres, se hallaba en la más ominosa tiranía y esclavitud; «sin embargo, añadió, no sería imposible liberarla de tan lamentable situacion, si Vuestra Santidad se dignaba empeñarse en esta empresa agradable á los ojos de Dios, reclamando el auxilio de los príncipes de Europa.»

El Papa escuchó bondadosamente á Pedro el Ermitaño, en quien aunque cubierto de un tosco y humilde hábito de penitencia, no dejaban de vislumbrarse ciertas señales que no podían ser sino indicios del espíritu de Dios; por esto fué bien acogido por el Papa su atrevido plan.

Urbano II juzgó prudente sondear ante todo las disposiciones de los soberanos, ponderándoles la necesidad y el mérito de empresa tan laudable; y despues en otra entrevista encargó á Pedro el Ermitaño recorriese la Europa exhortando á grandes y vasallos para la guerra santa, á fin de que se armasen todos para librar la Palestina de la dominacion de los infieles, ofreciendo en nombre del Pontífice los tesoros espirituales de la iglesia.

Recibida la bendicion apostólica del Vicario de Cristo, salió Pedro el Ermitaño de la presencia del Papa rebotando alegría y entusiasmo, y desde luego emprendió el viaje, recorriendo en menos de un año casi toda la Europa, predicando la cruzada y poniéndolo todo en movimiento en los lugares por donde pasaba. La pintura conmovedora que hacia de la profanacion de los Santos Lugares, las exhortaciones vivas y patéticas de que se servia para impresionar á los pueblos, su aspecto grave, su larga y descuidada barba, la desnudez de sus piés, su género de vida austera, su abstinencia extrema, su pobreza ejemplar, excitaban la admiracion general. Sobre todo la circunstancia de que si admitia dinero, lo repartía luego á los necesitados á presencia de los mismos que se lo habian dado, contribuyó á que se le mirase como un santo, como un profeta; y tanto los grandes como el pueblo, todos ardian de impaciencia para marchar á la Palestina y vengar á Jesucristo de los ultrajes que recibia de los infieles.

El Papa, al saber el favorable resultado que producía la predicacion del Eremita, resolvió convocar en el mismo año (1095) dos Concilios uno en Placencia (Italia) y el otro en Clermont (Auvernia), á fin de ocuparse

en tan importante asunto. Al de Placencia, además de los obispos y preladados, asistieron unos 4,000 eclesiásticos y más de 30,000 seglares de todas condiciones; pero lo que llamó de un modo particular la atención de la Asamblea fué la presentación en ella de una embajada griega, no obstante el cisma que entonces había entre los griegos y latinos.

El emperador Alejo Comneno había enviado dicha embajada al Concilio para que, en su nombre, suplicase el auxilio de los latinos contra los turcomanos, quienes, después de haberse apoderado de la Bitinia y de Nicea su capital, amenazaban la Calcedonia y por consiguiente á Constantinopla. El Papa con este motivo pintó con los colores más tristes la situación de la Grecia, y con honda amargura deploró las desgracias de Oriente y de la Palestina caída en poder de aquellos bárbaros. Al relato que hicieron los embajadores de las crueldades y tiranía de los infieles, toda la Asamblea se estremeció de indignación y cólera, levantándose mil voces confusas, exclamando que era necesario volar en defensa de sus hermanos en Jesucristo. El Papa alabó tan generosa resolución, exhortando su cumplimiento cuando fuere necesario. Igual celo y entusiasmo y tal vez mayor estalló en el Concilio de Clermont el 4 noviembre de 1095, al cual asistieron 400 obispos y abades mitrados y 13 arzobispos, y muchos príncipes y grandes señores. El Papa pronunció un discurso tan tierno y caluroso, describiendo los males, tiranía é impiedades de los enemigos del nombre de Cristo, así como la gloria que reportaría el pueblo cristiano de la conquista de la Tierra Santa arrancándola de la dominación de los musulmanes, que poseída toda la Asamblea de un entusiasmo indescriptible y como de concierto, con voz unánime y general exclamó: *¡Dios lo quiere! ¡Dios lo quiere!* De manera que estas tres palabras hijas del fervor religioso, fueron después la divisa y el grito de guerra en el ejército de los cruzados; y para distinguir á los que se alistasen para esta santa empresa se ordenó que llevasen una cruz roja sobre la espalda derecha. El Papa puso por su mano la cruz á los príncipes, condes y señores; el legado apostólico Ademaro fué el primero que se adornó con dicha cruz, y por esta razón se dió el nombre de cruzada á la expedición de Tierra Santa. Los obispos la tomaron también, y la distribuyeron al pueblo que acudía en tropel para recibirla, y una vez tomada, se consideraba como un empeño que debía cumplirse á todo trance, es decir, que de no marchar con la expedición para la conquista de la Palestina, se incurría en anatema irremisible.

Terminado el Concilio, los obispos que habían asistido al mismo, al volver á sus diócesis predicaron la cruzada, y lo hicieron con tanto celo, unción y entusiasmo, que enardecidos señores y vasallos, corrían todos á alistarse para ir al socorro de la Tierra Santa, dispuestos á abandonarlo todo, hasta los seres más queridos, de este mundo, como esposas, hijos, padres y demás afecciones terrenales; el número que se alistó bajo la bandera de Cristo en este año y siguiente subió á un millón.

Para demostrar la efervescencia que reinaba en esta época á favor de la cruzada, bastará citar lo que dice un cronista, al hablar de ella: «El padre no se atrevía á oponerse á la marcha del hijo, la esposa á detener á su marido, el señor á prohibirle á su vasallo; el camino de Jerusalem estaba libre para todos por el temor y amor de Dios.»

Sin embargo, no debe ocultarse que gran parte de los cruzados no estaban animados de verdadero celo por la religión, pues unos se alistaban por interés particular, con la esperanza de establecerse en país extranjero y mejorar de fortuna; otros por no separarse de sus deudos y amigos; muchos por no pasar plaza de cobardes y ser tachados de poca fe, y no pocos por ligereza, contándose muchas damas, mujeres y doncellas que quisieron seguir la expedición para probar así el amor que profesaban á sus esposos y amantes, de manera que la cifra de cruzados, según algunos historiadores, llegó á un millón. Había empero mucha gente y pocos soldados.

Una de las disposiciones que se tomaron para el buen éxito de la cruzada y merecer la protección de la Madre del Dios de los ejércitos, fué la institución del Oficio parvo y la Misa sabatina.

Llegada la primavera de 1096, el entusiasmo de los pueblos excitado por la predicación de la cruzada llegó á su colmo, pues los caminos se veían cubiertos de toda clase de personas. Los principales jefes que debían ponerse al frente del ejército declararon que no saldrían al mismo tiempo ni seguirían los mismos caminos, pero que todos los cuerpos se reunirían en Constantinopla. Las primeras bandas compuestas sobre todo de pobres, siervos, trabajadores, vagabundos, mujeres y niños, no tuvieron paciencia para esperar el fin de los preparativos y se pusieron en marcha, teniendo por jefe á Pedro el Ermitaño, quien iba cubierto con manto de lana, capucha en la cabeza, sandalias en los piés, y montado en la mula con la que había recorrido la Europa. Su cuerpo de ejército se componía de 80,000 almas, y se dirigió hácia Alemania, convirtiéndose de predicador en jefe de aquella multitud de peregrinos, sin pensar en los desórdenes é indisciplina á que podía entregarse tanta gente ignorante, la mayor parte de mal vivir.

Mandaba la vanguardia un caballero normando llamado Gualtero *sin tener*, el cual solo contaba ocho ginetes en sus filas. Toda esta gente se encaminaba á la conquista de Oriente pidiendo limosna; mas al poco tiempo de haberse puesto en marcha se vió acometida por el hambre, lo que motivó que la expedición se entregase al pillaje y demás desórdenes en las comarcas por donde pasaba, sembrando el terror y la desolación.

Esta conducta, impropia de cristianos, dió margen á que los pueblos, principalmente Hungría y Bulgaria, se levantáran en masa y hostilizáran á dicha vanguardia destrozándola espantosamente y arrojando los restos